R-41
5N

DISCURSO

PRONUNCIADO POR

D. EMILIO CASTELAR

EL DIA 21 DE SETIEMBRE DE 1885,

EN ORENSE.

ORENSE: 1885
IMPRENTA DE ANTONIO OTERO,
CALLE DE SAN MIGUEL, NÚM. 13.

C-44
37

M-72134

C-44/37

F-2854

DISCURSO

PRONUNCIADO POR

D. EMILIO CASTELAR

EL DIA 21 DE SETIEMBRE DE 1885,

EN ORENSE.

BIBLIOTECA VIGO PENZOL

ORENSE: 1885
IMPRENTA DE ANTONIO OTERO,
CALLE DE SAN MIGUEL, NÚM. 13.

R 12068

AL SEÑOR DON EMILIO CASTELAR

EN TESTIMONIO DE LEALTAD Y AGRADECIMIENTO

ofrecen esta edición

SUS CORRELIGIONARIOS POLÍTICOS

DE LA PROVINCIA DE ORENSE.

Señores:

Imposible comenzar un discurso dicho en Galicia sin decir algo respecto de mi gratitud inextinguible á esta región adorable, donde por todas partes he visto testimonios de cariño y entusiasmo, expontáneos y sinceros, los cuales, arrancando á una de lo íntimo del alma, ciñen á nombre, tan humilde y modesto como el mio, nimbos de grande, aunque inmerecida gloria y le acompañan por doquier con ecos de contínuos y repetidos aplausos. Ver cómo las manos se unen, las frentes se inclinan, las aclamaciones se condensan en espirituales resplandores, la solicitud así por expresar la bienvenida como por ofrecer la hospitalidad se dilata desde los palacios á las cabañas, y callarse, con riesgo de que la modestia se impute á soberbia y á ingratitud el silencio, no concuerda con mis sentimientos, que, por no tener quizás en la conciencia títulos justificativos de tanto aprecio, se vierten sobre los senos del corazón y los llenan de gratitud, cuyos efectos han de subir á los lábios y esparcirse por necesidad en acentos y palabras, imposi-

bles de reprimir ú ocultar á complexiones como la mia y á caractéres como el mio, de suyo comunicativos y entusiastas. Sin embargo, habrán visto cuantos me siguen en estas largas excursiones, cómo, á pesar de mi temperamento, permanezco dueño de mí, en medio de la espansión más popular, oponiendo cierto frio personal é íntimo al calor de cuantos me saludan, aclaman ó bendicen. Y me sucede todo esto, fácil de comprobar en cualquiera de las ocasiones, donde sorprendido á la descuidada, no hay medio de acallar con la reflexión los movimientos indeliberados del alma, porque no suelo alzarme con los tributos del público fervor y llevármelos á la cuenta de mis servicios y de mis méritos propios: tales como los recibo, se los ofrezco, en sus aras y en sus templos, á quien únicamente los merece, á la grande idea de nuestro siglo, á la trilogia, en cuyos términos se guarda y encarna el espíritu moderno; á la democracia y á la libertad y á la República. Como propagandista serví-las, formulando en puras concepciones teóricas su ideal, correspondiente con todos los progresos de la humanidad en el tiempo; y luego, en la hora de su realización y de su cumplimiento, como político y estadista, dije las restricciones lógicas y naturales á que debían someterse para entrar en la condicionalidad y contingencia de nuestro ser histórico, en las limitaciones muy estrechas de los espacios ambientes, en las circunstancias del tiempo eterno, en las impurezas de todo lo real: factores múltiples, á quienes deben pagar tributo las ideas más abstractas, si quieren mezclarse con las levaduras de toda vida y compenetrar el organismo de toda sociedad. Sí, como apóstol constante y mantenedor de la idea progresiva; por el culto que le presto, por la fidelidad que le guardo, por el empeño que pongo en compenetrar de su luz y de su calor la realidad, los pueblos me aclaman, en su intuición adivinatriz y segura; no por los méritos frágiles de mi palabra y de mi entendimiento, comunes y aun vulgares bajo la ilustración general de nuestra edad, más ilumina-

da de saber y de arte, que rica en firmezas, difíciles de hallar, como todas las prendas de carácter, en estas tristes crísis de reacción, que debilitan las voluntades más fuertes y contrastan los propósitos más tenaces con su triste y desolador excepticismo. *(Ruidosos y prolongados aplausos).*

Yo nada hice personalmente por Galicia jamás. Un amigo me rogó que pusiera cuatro palabras al frente de composiciones poéticas, tan tiernas como las composiciones poéticas de Rosalía Castro, en las cuales bebí el alma de Galicia y el secreto de su génio, antes de haber visto esta región con mis propios ojos, que recojen ahora su luz dulcísima, y de haber quemado sus puros aires en la combustión de mi sangre, que ahora los respira y absorbe. Yo la presentí, adiviné y supe antes de haberla visitado; revelada por esas revelaciones del génio de una poetisa insigne, tan semejantes de suyo, en lo misteriosas, á las revelaciones del cielo. Y luego he visto Galicia junto á sus espumosos mares, con la diadema de robles y helechos sobre las sienes de sus montes, con los lazos celestes de sus rias ceñidas por las costas á sus sandalias, con el arte propio y peculiar de su génio en los edificios colosales; la poesía del sentimiento melancólico en su alma tierna; el cántico melodioso y pastoril acompañado con la gaita en sus lábios melódicos; el dogma celta de la inmortalidad y de la comunicación estrecha con los espíritus invisibles en su conciencia; las nieblas osiánicas, por cuyos giros va sobrenatural clamor en sus cielos, y en todas sus entrañas esa virtud milagrosa de sugerir la pasion por ella con tal ardor á sus hijos, que no cabiéndoles el corazón en el pecho, ni el amor en el corazón, una vez desarraigados del suelo natal, se mueren añorados y nostálgicos, prefiriendo á un palacio de régias proporciones y á una vida de orientales placeres léjos, la muerte con todos sus horrores y el sepulcro con todas sus sombras dentro de su amoroso y tranquilo seno, idolatrada é idolatrable madre tierra. *(Frenéticos aplausos).*

Yo personalmente no pude hacer nada por Galicia, y nada me debe; pero no así la República española, cuyas sábias leyes rompieron los últimos restos del feudalismo dejados sobre vuestra cerviz por las fatalidades terribles del tiempo y de la historia. Sí, de una tierra tan próvida y amorosa emigran millares de hombres á lejanas tierras, porque las imposiciones del fisco agravadas por la viciosa percepción que recuerda las usuras de los exactores romanos, y los servicios feudales, todavía en uso, la devastan, como cualquier calamidad atmosférica ó plaga terrestre, y agotan los manantiales de su vida, en demostración de que la libertad, la santa libertad, sirve á completar con su poder y con su virtud hasta la misma naturaleza. *(Aplausos)*. Creedlo, volverá la nación española en plazo breve á reivindicar su inmanente soberanía, escarmentada en recientísimas dolorosas experiencias de lo poco que le conviene abandonar á partidos reaccionarios la cura de sus derechos é intereses; y entonces la obra grandiosa de nuestro siglo, la saludable derogación de los señoríos, se completará entre nosotros; y hundiéndose los últimos escombros feudales, surgirá la propiedad individual y directa con todas sus deseadas y deseables ventajas. *(Ruidosos y prolongados aplausos)*.

Esta obra de reivindicar la soberanía pública para nuestra nación es difícil y costosa como todos los progresos superiores, que no se aquistan sino á precio de muchos y de muy grandes sacrificios. El ilustre senador que tengo junto á mí, glorioso veterano de la libertad, lo sabe bien por una larga experiencia; y lo mismo el nunca bastante alabado, elocuentísimo jefe de nuestro partido en Orense, como lo muestran las cicatrices no bien cerradas de sus recuerdos, guardados en el pecho desde aquel año 73, al cual debemos convertir los ojos con frecuencia para no desmemoriarnos y olvidar sus lecciones con facilidad. Pero yo creo que los deberes de cada generación se acrecientan, á medida que han recibido estas del tiempo mayores derechos y han visto más fácil y más llana la vía de su

emancipación. La juventud, cuyo pensamiento hemos nosotros emancipado, y que ha conseguido, merced á nuestros esfuerzos, la posesión de su conciencia, regateada contínuamente á sus predecesores, cuando no disminuida ó negada, está en el caso de mostrar cómo es fecundo el progreso y lleva en sus abiertos surcos semillas de múltiples bienes para lo porvenir. *(Ruidosos aplausos).*

Háse intentado divulgar, porque aconsejábamos las necesarias transaciones del ideal con la realidad, que nosotros íbamos de concesión en concesión á la monarquía; cómo si los diamantes puestos en las coronas de los reyes pudieran compararse con las lágrimas de los pueblos libres y de los esclavos redimidos, que rodean como místico nimbo las sienes de los tribunos del derecho, y que descomponen brillantemente, y en iris varios, la luz del ideal encendido en la mente de nuestro siglo. *(Aplausos y aclamaciones).*

Aquellos que han acabado con la intolerancia religiosa, y han establecido el sufragio universal junto al jurado popular, y han roto los férreos grillos que ataban á la prensa, y han devuelto al principio de asociación y de reunión toda su virtud, y han concluido con la trata de nuestros mares y han emancipado los siervos de nuestras colonias y rehecho las cátedras, y llevado á la práctica el principio de la soberanía nacional, no se arrepentirán jamás de su obra; y cuantas concesiones hagan á la realidad viviente y al espíritu conservador que preside á todos los Estados y caracteriza todos los gobiernos, haránlas para consolidar todos estos progresos despues de formularlos en grandes principios, á fin de que la magestad de la nación y el imperio de las leyes sucedan seguramente á otras magestades y á otros imperios no tan fundados en las bases del derecho, ni tan propicios á la salud y al bienestar de los pueblos. Hé aquí, pues, nuestra obra, cuya claridad no consiente género ninguno de duda y cuya eficacia para la educación y robustecimiento de la democracia española se conocerá en la piedra de toque, donde se

prueban todos los progresos, en las experiencias y en las enseñanzas del tiempo.

Señores: ya que nos encontramos, por dicha, reunidos aquí, buenos y fraternales correligionarios, todos á una sabedores de nuestra política tradicional, y por ende sin necesidad manifiesta de oirla y aprenderla, démos de mano á los asuntos peculiares del partido, para tratar tan sólo aquello, más interesante aún que la República y la libertad, más caro á los españoles en toda la redondez del planeta, más necesario al corazón; para tratar los intereses exclusivos de nuestra pátria, y tratarlos, atendiendo á la pátria misma, cómo deben quienes arrancan á ella la sábia de toda su vida y en ella concentran el calor de todos sus amores. Una terrible agresión, á la cual no habíamos dado nosotros pretexto alguno, ha sobrevenido en este verano angustioso, exacerbando sentimientos, que si alguna vez toman forma lamentable y caen por nuestro mal en excesos peligrosos; á reserva de quitarles cuanto pueda parecer en ellos excesivo é imprudente, hay que conservarlos en todo su ardor; pues sin la fuerza eléctrica que prestan á nuestros nervios y sin las determinaciones sublimes que inspiran á nuestra voluntad, seguramente no hubiéramos, en cien trances amarguísimos, salvado la integridad completa de nuestro territorio y conservado el sacro depósito de nuestra independencia. *(Aplausos).*

Mucho se clama por los innumerables apologistas de los antíguos tiempos contra el materialismo de nuestro tiempo y contra la irrupción, como ellos la llaman, de las democracias en el Estado y en el Gobierno. Mas, al ver cómo la menor sombra que se quiera proyectar sobre nuestro nombre y su honor enciende todos los ánimos, arrastrándolos á los mayores sacrificios, fuerza es decir, sin jactancia, que no ha quitado el espíritu moderno, tan combatido, al infundirse por nuestras venas y arterias, ni fuerzas á la fibra, ni fé á la inteligencia nacional, quedando incólumes una y otra, como cuando nos sacrificábamos en holocaustos inolvidables para salvar nuestros

hogares de la invasión extranjera, ó cuando levantábamos la cruz en las cimas de los Andes ó dábamos nuestro nombre á las constelaciones del cielo; pues igual confianza tenemos ahora que antes en el esfuerzo de nuestra voluntad, tan firme como impetuosa, é igual fé viva en que podremos vencer con la constancia y la resolución sumadas, como hemos vencido tantas veces, las fatalidades mismas del Universo, y algo que quiere asemejárseles allá en su desvarío; los asaltos de ceguera, fáciles en quienes, poseedores de una inmerecida fortuna y de un poder quizás invenido por acaso, todo lo creen posible á su fortuita, siquier soberbia, omnipotencia. *(Ruidosos aplausos).*

Y en cuanto á la invasion de las democracias, tan denostada, no ya por los nobles de antiguo, por los nobles de cuño nuevo, baste deciros que si el pueblo español tuviera en el siglo pasado, y á los comienzos de este siglo, la influencia que le dan ahora los principios democráticos, no se hubiera podido abandonar la poblacion de Orán ó ceder la bella Florida como abandonaron aquella ciudad y cedieron esta tierra nuestros reyes absolutos, cuando el pueblo español, encerrado en el calabozo del absolutismo tradicional, no mostraba su pensamiento é imponía su voluntad con la fuerza que hoy le han dado los ejercicios saludables y vigorosos de sus santos y necesarios derechos. *(Aplausos).*

Hablemos, pues, con la grande alteza que debe preceder á todos los actos de una sociedad tan vigorosa como la sociedad española, jamás abatida por el infortunio, ni corrupta por el decaimiento; y reivindiquemos, apelando á la conciencia humana, el derecho que nos asiste; pues no se hallan tan eclipsados los principios de la moral universal, tan muertos los códigos consuetudinarios reguladores de las relaciones internacionales, tan extinta la conciencia humana, que no le quede recurso ninguno á la palabra y á la idea en defensa de la justicia, y todo le sea permitido, como si ya nos dominara la barbárie en el mundo moderno, á la victoria y á la fuerza. *(Ruidosos aplausos).*

Señores: el hecho sobrevenido últimamente ha extrañado sólo á los que no siguen jamás con la natural atención, debida por todos los repúblicos á la política extranjera, el movimiento europeo. Corría el año 1878; y yo trataba en el Congreso la cuestion de Oriente, reconviniendo al partido conservador á causa de su indiferencia, y dándole al par en rostro con su descuido sistemático en problemas de tal monta. No le demandaba yo, pues hubiera ciertamente adolecido de loco al demandárselo, que rompiera lanzas por búlgaros ó por helenos, cayendo en quijotismo, imposible á nuestras fuerzas; pero sí le demandaba, y esto pudo haberlo hecho el partido conservador, que viera la significación oculta en aquellos sucesos, y tratara de anudar las alianzas indispensables á prevenir las terribles consecuencias guardadas en ellos para nosotros y para nuestra pátria. Segun mi sentir de aquel entonces y de ahora, los imperios del Norte, ó del Oriente continental, como querais llamarlos, oponen una liga de potencias imperiales al desarrollo de la vida colonial en Occidente; como allá, en el año 15, opusieron otra liga con el nombre de Santa Alianza, bien triste para todos los occidentales, al desarrollo de la vida liberal en Occidente.

La guerra empeñada hoy, decía yo entonces en el Congreso, la tarde del 28 de Febrero de 1878, es una de las manifestaciones de aquella oposición entre Oriente y Occidente, que comienza con los rápsodas homéricos y se prolonga en el romancero inmortal con que cantan los hijos de la Helade antigua hoy mismo sus victorias recientes sobre los bárbaros mongoles en su guerra por la propia independencia. Quieren los tres imperios del Norte arrebatar á los helenos toda influencia en el Oriente europeo, y arrebatar á los occidentales todos sus dominios en Ásia. «Y nuestra España, yo añadí, Hesperia, la estrella de la tarde, la tierra donde el sol se pone; ¡ah! nosotros, sus hijos, no podemos renunciar á todo poder y á todo influjo sobre Oriente; cuando contamos allí un archipiélago magnífico, testimonio del mayor viaje marítimo que han rea-

lizado los hombres, del viaje de Magallanes, á las puertas de Oceanía, en el camino de California á China, los dos extremos del trabajo humano, cerca de Australia; y en cuyas islas muchos pensadores, de esos que miran lo porvenir y á veces tienen previsiones proféticas, han puesto como el paraiso necesario á una de las venideras transformaciones en la humanidad y en la historia. Y es más: el Occidente entero no puede, no debe, no quiere renunciar al Ásia, como pretende una potencia que deseara convertir en tierra asiática toda la tierra europea, con la tribu comunista en su base y el despotismo autocrático en su cima. Hoy se trata de los Dardanelos, del Mar de Mármara, de las bocas del Danubio, del Ponto, de Armenia y del Golfo pérsico; pero mañana se tratará de las posesiones inglesas en la India, de Goa ilustrada por Alburquerque, de Pondicheri ó Cochinchina, que tanto interesan á Francia; de las posesiones holandesas codiciadas por una poderosa codicia; del Archipiélago Filipino.» *(Profunda sensacion).*

Ya veis, señores, cómo se han realizado todos estos pronósticos mios en los dos terribles años últimos. El Oriente se ha gozado, valiéndose de la imprevisión, que aqueja, por nuestro daño, al Occidente, se ha gozado en enemistar á Inglaterra con Francia, para prevalecer sobre su enemistad. La revelación de importantes papeles históricos ha mostrado cómo Alemania deplora muchas veces, en las angustias causadas por indomables resistencias, no haber pedido á Francia, en vez de sus provincias fronterizas, nunca bien sometidas y sujetas, sus explotables colonias orientales. Rusia se ha ido extendiendo, unas veces callada, otras ruidosamente, al Indo britano y al Golfo pérsico, por Merw y por Sarrachs, con grave peligro de Inglaterra. Los holandeses han tenido que ocurrir á reformas constitucionales sobre su regencia, para evitar los nefastos y sangrientos caprichos del principio hereditario, capaces de dar su territorio continental é intercontinental á la codicia de Rusia. Y nosotros hemos visto el pabellon imperial sobre la cintura de madré-

poras que guarecen á nuestro Archipiélago filipino, al mismo tiempo que caía en Inglaterra bajo la inmensa pesadumbre de los problemas orientales, el partido liberal y progresivo, sustituyéndole otro como el conservador, cómplice y cortesano de Alemania. Por manera que las asechanzas de Oriente contra Occidente, y no quiero contar las entrevistas entre Rusia y Austria, porque libro muchas esperanzas en nuestros naturales aliados los húngaros; las asechanzas de Oriente contra Occidente, decía, se han aumentado ahora de un modo terrible y han conseguido verdaderas, si deplorables, victorias. *(Bien, bien).*

Señores: los alemanes ofrecen al observador un extraño fenómeno: el de la contradicción que hay allí entre lo ideal y lo real, entre los pensamientos que se conciben allá en las cimas intelectuales de su raza por tantos sábios y la tardanza con que llegan sus ideas, si llegan alguna vez, á los hondos abismos sociales, al pueblo inerte y siervo. Así, nadie diría que Alemania, por medio de la revolución religiosa y sus conclusiones inmanentes, ha emancipado la conciencia humana; y nadie diría que Alemania, con su racionalismo filosófico, ha formulado el derecho moderno; cuando se la ve, hoy mismo, con restos feudales en la base de su sociedad y en la cima con triste pretorianismo socialista, mengua de su nombre y mancha de nuestro continente. Acostumbrados á la viveza de inteligencia con que se distinguen los pueblos helenos y latinos, á la nivelación intelectual de las clases, apenas podemos comprender cómo un pueblo, á quien se le ha entregado el sacerdocio de sí mismo desde la mitad primera del siglo XVI, y sabe leer y lee tanto, caiga en errores incomprensibles para nosotros, libertados ayer de la Inquisicion y del absolutismo, como el error de su movimiento anti-semítico y el error de su resignación á la coyunda imperial. Donde se manifiesta más claro todo esto, la oposición abierta entre lo ideal y lo real, donde se patentiza, es en el ministerio político desempeñado por Prusia en la moderna historia. Representante tamaña po-

tencia del triunfo alcanzado por los pueblos germánico-luteranos sobre los pueblos germánico-católicos, parecía venida de suyo á sostener en el mundo una política del todo concorde con las libertades completas del espíritu, que determinaran su grandeza y decidieran su influjo sobre Alemania. Aquella oposicion al Austria de Metternich, en quien se veía el cerebro de la terrible Santa Alianza; y aquella continuidad inmanente de los votos formulados por los demócratas y revolucionarios alemanes el año 48 en pró de la unidad nacional; y aquellas complicidades bien directas con los húngaros, que constituían el ejército y el pueblo más revolucionario entre todos los ejércitos y todos los pueblos centrales; y aquella parte grandísima tomada, por fuerza ó de grado, en la ruina de los Bonapartes franceses y de los soberanos teócratas; todas estas coincidencias dábanle cierto enlace con las ideas progresivas y con el espíritu moderno, por cuya virtud y fuerza debía propender, si poseyese un escrúpulo de lógica real, á un proceder de pacífico, pero continuado progreso. Mas Bismark, en cuanto, ya vencedor, llegó á instalar su Imperio sobre Alemania sometida, y su predominio sobre toda Europa deslumbrada, cayó en la contradiccion manifiesta entre lo real y lo ideal, que constituye como un carácter principalísimo de su raza; y olvidándose de las ideas que le habían impulsado, consagró nefasto culto á las fuerzas que le habían servido. Revolución de Lutero, paz de Westphalia, espíritu del gran Federico, antíguas conexiones con la Enciclopedia francesa, liga de los revolucionarios en Francfort, complicidades con Italia y Hungría, servicios á la revolución cosmopolita y humana, todo cayó en olvido, al fundar un régimen de complexión cesarista, que debiendo su poder á las fuerzas militares, creíase organizado tan solo para la guerra y convertido dentro de la Europa continental, adscrita por su carácter democrático á los trabajos de la paz y á los goces de la libertad, en férreo instrumento de contínua conquista y desolador des-

potismo. Gravísimo error, tan grave como aquel de los Bonapartes olvidando á su vez cuanto debieran al espíritu moderno, cuyo terrible olvido les costó el desvanecimiento en humo de todas sus legendarias conquistas y la dispersion en fragmentos de todo su vasto Imperio: que, si el mundo físico se halla sometido al poder de las fuerzas mecánicas, el mundo social se halla sometido al poder de las grandes y progresivas ideas. Despojada Prusia de su pugna por la emancipación religiosa y de sus servicios al espíritu moderno ¿qué le queda? Una coleccion de injustificadas é injustificables conquistas. Tristes electores de Brandeburgo, modestos y antíguos ciudadanos de Nuremberg, jefes militares de una banda feudal y depredadora que se llamaba la órden teutónica, los señores prusianos, esos indóciles feudatarios del Austria, manumitidos por la Revolución religiosa, metiéronse con una especie de atavismo, tan fatal como el que guía y compone la herencia y el instinto de las especies inferiores, en todos los conflictos europeos, sirviendo y abandonando todas las causas, con tal de atender siempre á su medra y de sacar siempre su tajada; ora entre los tumultos levantados por las ambiciones desordenadísimas de Luis XIV; ora tras los desastres de nuestra guerra de sucesión que le valieron en la paz de Rastadt los Güeldres superiores; ora tras la otra guerra de sucesión austriaca, en que acapararon, por título de conquista, la Silesia; ora en las dos desmembraciones de Polonia, que le trajeron los Palatinados de Posen, Guesen, y otros varios con una poblacion extraña y sierva muy numerosa; ora sumados al Imperio de los Bonapartes ó al Imperio de los Romanoffs, segun los cambios de la fortuna, para obtener en la terrible reacción del 15, fragmentos de Sajonia, recortes de Pomerania, Estados del Rhin: horrorosa série de conquistas, las cuales, sumadas á la disminución militar de bávaros y sajones, á la ruina de reyes como los de Hannover y Brunswick, á los acaparamientos de Alsacia y Lorena, constitúyenlos en unos Césares conquistadores, contra los

cuales tendrán que aliarse tarde ó temprano, si no desisten de su carácter, los pueblos libres de la moderna Europa en democráticas alianzas, cual se unieron los antíguos pueblos helenos contra los férreos Imperios asiáticos. *(Ruidosos y prolongados aplausos).*

Pero no le basta la grandeza continental; necesita la grandeza intercontinental tambien. Todos los Imperios han tendido en su ambición á los dominios del mar, no contentos con los dominios del suelo. Cuatro han sido los mayores Imperios de la historia; el heleno de Alejandro, el romano de César, el español de Cárlos I, el francés de Napoleon Bonaparte; y los cuatro Imperios han tendido al Oriente misterioso, á las islas sembradas en mares inexplorados, á la conquista de indos, parthos, egipcios, en la espansión incontrastable de su fuerza. El cesarismo germánico no podía menos que tener los caractéres propios á todos los cesarismos, el carácter despótico, el carácter militar, el carácter socialista, el carácter conquistador en tierras y en mares. El Imperio germánico está fundido en los moldes mismos donde se han fundido todos los Imperios, por la naturaleza y por la historia. Pero tiene un carácter especialísimo este cesarismo aleman, sobre cuyo carácter he llamado muchas veces inútilmente la supersticiosa é inaccesible atención de nuestros conservadores, el carácter de ódio implacable á la raza latina, y en la raza latina especialmente al pueblo que más ha contrariado el desarrollo histórico de la Germania protestante, al pueblo español. «Señores, decía yo en el Congreso la tarde del 15 de Enero de 1884, no hay nada semejante á los tesoros de venganza moral é intelectual que un aleman atesora. Por su paciencia en el estudio, por su atención á las causas primeras, por su naturaleza pensadora, por todas las altas cualidades que querais, se pone bajo una chimenea, á la cual le condenan ocho meses de invierno, abre su infolio, y con un vaso de cerveza junto á sí, está maldiciendo por los siglos de los siglos á todos los que le han encolerizado. ¿No sabíais,

iba yo diciendo, que por los mismos dias de la llegada de Alfonso XII á Alemania, inaugurábase aquel monumento de Niederwald, símbolo, no solamente de la victoria de Alemania sobre Francia, sino de las victorias de Alemania sobre todas las gentes latinas?» La política del canciller inspirada en estas ideas y en estos sentimientos, no podía menos de dirigirse contra España, la más colonial, no solamente por sus recuerdos, por sus posesiones, entre todas las potencias latinas. Oprimido el Imperio al Oriente por la enemiga de Rusia y al Occidente por la enemiga de Francia; limitado al Mediodía por los respetos que debe guardar á Baviera y Austria, con cuyo acaparamiento sueña todas las noches; y al Norte por dinamarqueses, noruegos, suecos y bátavos, que no le quieren bien; impulsa muy arteramente á todos hácia empresas coloniales, cuyas incidencias le permitan á él un dia extenderse por las naciones germánicas autónomas, aun de pié, pero siempre amenazadas, y apoderarse de las colonias pertenecientes á los pueblos que considera ó decaidos ó inermes, como España y Portugal. Así enseña constantemente á Rusia el centro de Ásia para que Rusia no condense sus iras eslavas sobre los cuadriláteros de Polonia; y al Austria los Balkanes para que Austria le deje, colocada en Constantinopla como un feudo del Imperio aleman, su propio territorio y los territorios donde se halla esa codiciada Trieste, hermoso respiradero en el eterno mar de la cultura humana, en el mar Mediterráneo. Y lo que hace con Rusia, y lo que hace con Austria, tambien lo hace con Francia, empujándola deliberadamente á Tunez para que se indisponga con Italia, y á Egipto para que se indisponga con Inglaterra, y á China para que se debilite con debilidad suma en el continente y no pueda nunca desquitarse de sus derrotas y recuperar sus provincias. A la misma Inglaterra se atreve, no obstante la resignación punible con que la Inglaterra conservadora ve su ambición colonial y coopera muchas veces á ella con verdadero instinto de suicidio. Pero el

objeto principal de sus anhelos es el rico patrimonio colonial de los dos pueblos occidentales, á quienes todos los germanos detestan, y con cuya disolución cuentan de antíguo para engrandecerse y dilatarse los germanos por todos los continentes. O los proyectos coloniales del canciller no quieren decir nada, resultando meros alardes, ó significan algo contrario á la preponderancia marítima de Inglaterra, y á la existencia independiente de Holanda, y á la recuperacion por Italia del Tyrol y de Trieste, y á la integridad territorial de España y Lusitania. Por eso la irrupción en las Carolinas tiene la gravedad adivinada por el pueblo español en sus intuiciones sobrehumanas; y significa un primer término en la vasta série del plan inmenso, concebido principalmente contra nosotros, contra nuestra España. *(Unánime asentimiento).*

Permitidme, antes de continuar en el desarrollo de mi tesis, deciros cuanto me ha maravillado que hombres duchos en política militante hayan caido en el error de atribuir al canciller Bismark un sentimentalismo, un dogmatismo, un romanticismo á favor de la monarquía, bien lejano de su corazón y de su entendimiento. Se necesita olvidar todo el movimiento europeo para decir y para creer tal idilio. Yo de mí sé decir que nunca encontré grandes repugnancias en el canciller germánico al reconocimiento de la República española, y que lo únicamente demandado por su gobierno y por el gobierno moscovita, segun varias conversaciones habidas entre sus representantes y nuestros ministros de Estado, era que se fijase un plazo por las Córtes á la existencia del poder ejecutivo, para no aventurarse al riesgo de dar y expedir cartas á sus ministros y embajadores para un jefe del Estado, y encontrarse al llegar con otro. Yo de mí sé decir que hallé muchas veces en la grande conspiración reaccionaria europea contra la República española, manos poderosas, que un sentimiento de prudencia me veda nombrar, tanto en favor de D. Cárlos como en favor de D. Alfonso; y no encontré nunca, jamás la mano de Alemania. Se ne-

cesita perder la memoria para olvidar que por Agosto del año 74, poco antes de la exaltación al trono del monarca reinante, tomó el canciller la iniciativa para establecer negociaciones oficiales con el gobierno de la República española, presidido entonces por el ilustre Duque de la Torre. Se necesita estar ciego para no ver que la reclamación primera, y por consecuencia el primer atentado á las Carolinas, data del mes de Marzo de 1875, es decir, tres meses despues de restaurada la monarquía española. Ya en el Congreso demostré que, aparte la ruidosa y condenable y punible manifestación de los demagogos parisienses, repugnante á la conciencia humana, por contraria del todo á los respetos debidos entre pueblos cultos, la recepción dispensada por el gobierno republicano francés al rey excedió en cordialidad á la fria y repulsiva recepción de Alemania, donde no se observaron las ceremonias y las cortesías que se deben unos á otros los soberanos reinantes, sobre todo, cuando ejercen la hospitalidad. ¿Qué le importan los principios monárquicos, ó los principios republicanos, á una política sin entrañas, adscrita sólo al engrandecimiento de Alemania, cueste lo que cueste y caiga quien caiga? Si yo pudiera decir anécdotas, contadas por franceses inmortales, cuya memoria me veda comprometerlos ni en el sepulcro sobre los sentimientos monárquicos de Bismark, reiríanse mis oyentes á todo reir del monarquismo bismarquiano. Buen realista el que ha vencido al sacro romano Imperio en Sadowa, y al Imperio francés en Sedan; el que ha empujado á Italia y su gobierno á Roma; el que ha depuesto la dinastía más antígua quizá de nuestra Europa, la célebre dinastía de Hannover, á la cual pertenecen damas tan ilustres como la virtuosa Reina Victoria y la señora nobilísima que ceñirá mañana la corona del Imperio germánico. *(Aplausos)*. Bismark no es ni monárquico, ni republicano, ni aristócrata, ni demócrata, ni proteccionista, siquier lo parezca, ni libre-cambista; es un aleman, puramente consagrado al predominio de Alemania en el planeta, y á quien

le importan bien poco los reyes de la tierra cuando se trata del predominio de Alemania y de su dilatación y engrandecimiento en todo nuestro planeta. *(Asentimiento).* Sereno y tranquilo ante Francia, porque su extensión colonial embargábala en otras empresas que guerras y desquites; más sereno y más tranquilo ante Rusia, porque la política de Giers y las complicaciones en Tartaria la separaban de todo proyecto europeo; consagróse á la política colonial, política enderezada contra portugueses y españoles. Ya lo decía yo en mi discurso, tantas veces citado y que citaré muchas más, por hallarse allí todos mis viejos advertimientos. «Así, exclamaba yo, aludiendo á nuestra política tradicional, tenía el Rey católico dos nietos; el nieto, que debía salvarnos, y el nieto, que debía perdernos; el que debía salvarnos era el hijo del infante que fué á Portugal, y el que debía perdernos era el hijo de Doña Juana la Loca, que nos trajo los derechos al Milanesado, á Borgoña, á Flandes, á Bélgica, á Holanda, al Ducado de Austria, á Hungría, á Bohemia, pero con todo esto nos trajo las guerras continentales, y con ellas la decadencia que derramó la sangre de nuestras venas y malgastó el caudal de nuestros tesoros en gloriosísimos, pero inútiles combates. Pues bien; ¿creeis que Dios no nos indica hoy cuanto debemos hacer? ¿Qué tenemos que ver con Europa? Mirad nuestra posición, vedla; las Baleares en el Mediterráneo; Ceuta y Tarifa en las columnas de Hércules; más allá Canarias, la primera de las escalas; más léjos aquellas dos preciosas islas, que han guardado y guardarán eternamente el génio nacional en su seno; porque va á abrirse el itsmo de Panamá, y nosotros debemos ser el centro de todas las grandes navegaciones intercontinentales; y luego, en pasando el futuro estrecho, entre Oceanía y Ásia, la invención de Magallanes y El Cano, Filipinas, factorías del comercio, centro del trabajo, faros de la libertad y del progreso.» *(Ruidosos aplausos).*

La convicción de que no podíamos abandonar esta po-

lítica de concentración dentro de nosotros mismos era tan grande, que instintivamente el Imperio aleman se la atribuía al representante del gobierno español; y por ende á todo el gobierno español. El sentir universal en Alemania creía que nosotros no podíamos mezclarnos en las cuestiones europeas, y mucho ménos en las cuestiones entre la República francesa y el Imperio germánico. ¿Y qué resultaba de aquí? Resultaba una cosa muy singular, que mientras el viaje no satisfacía de ningun modo á aquellos en cuyo favor aparentemente se realizaba, desplacía de todas maneras á aquellos contra quienes aparentemente se realizaba.» Sí, la impresión traída por los viajeros de Alemania era que no contaba ésta para nada con la alianza de nuestra monarquía española. Pero vino un hecho, al cual todos los míopes de la política dieron excesiva grandeza, la presencia del Príncipe Imperial; y en la ignorancia del papel que tan ilustre Príncipe representa en Germania, se le atribuyó trascendencia grande á este acto, á pesar de haberlo él subrayado con recordación tan significativa para quienes saben un poco de historia, como el regalo al palacio donde residen príncipes Borbones y Austrias, de una estátua del gran Elector. Los reaccionarios de todos matices se regocijaron á una; con el viaje á Madrid creyeron que Alemania daba su protección á la monarquía; y con el viaje al Vaticano que daba su protección á la Iglesia. El coro de alabanzas reaccionarias fué unánime. Alemania no quiere ni la monarquía ni la República en España; lo que Alemania quiere de nuestra España es el patrimonio colonial. Y como ciegos calificará la historia en lo porvenir á los ministros conservadores, únicos responsables de todo por el tiempo que han mandado; en cuyo tiempo, á pesar de tantas y tan repetidas advertencias, no han parado mientes nunca sobre tan desatentada y tan manifiesta codicia. *(Ruidosos y prolongados aplausos).*

La política colonial data de la misma fecha que la grandeza germánica; pero la realización de tal política

data solamente de cuatro años á esta parte. No podía ignorarla el partido conservador. Hace diez años que se le había notificado en la nota de Marzo. Y siempre que se trataba de algun capítulo en el presupuesto, como los capítulos relativos á marina militar y á vapores-correos, Bismark expresaba, con verdadera ingenuidad, todo cuanto pensaba del régimen colonial, y en todo ello latía su irrevocable hostilidad á España. Yo no digo que tal hostilidad provocase actos temerarios de nuestra parte, impedidos por la crísis ya secular que sufrimos, y que nos condena de antíguo á convalecencia perpétua; pero sí digo que debió provocar actos pacíficos de previsión suma, por los cuales resultase cómo habíamos advertido la conspiración pérfida contra nuestra integridad y estábamos resueltos á desconcertarla. Si el tiempo empleado en manipular elecciones á gusto del ministro de la Gobernación; en enemistar unos con otros los jefes de los partidos liberales; en proscribir de la legalidad á los republicanos contra el texto de los códigos y el fallo de los tribunales; en calumniar y perseguir á todos los políticos, hubiérase gastado en prevenir y conjurar las asechanzas germánicas, algo se alcanzára, contando con ese principio que lo devora todo y todo lo produce, contando con el tiempo. Mas la prensa conservadora y oficial, á quien incumben más las relaciones entre los pueblos que á los mismos embajadores y plenipotenciarios, pasaba su tiempo en maldecir de la República francesa y en bendecir al Imperio germánico. Apenas el cónsul francés de Tánger hacía el menor movimiento, levantábase una cruzada feroz contra los acaparadores de Marruecos, mientras las notas imperiales reclamándonos las Carolinas, nuestro territorio nacional, quedaban sin respuesta. Presidió nuestro gobierno conservador una Conferencia europea para garantir el Imperio marroquí contra los propósitos de Francia, cosa bien hecha; pero no se acordó jamás de romper y desconcertar los proyectos alemanes contra nuestro propio territorio. Al contrario, todo fueron com-

placencias para Germania. Se le regaló un tratado de comercio, fatal á nuestros alcoholes y á nuestros azúcares, henchido en concesiones á sus imperfectos productos. Se convino tras imperiosas exigencias suyas en aplicar á territorios nuestros los principios más latos de libertad mercantil, por Alemania rechazados á la contínua en su propio territorio. Se la dejó maniobrar por las costas vecinas á nuestro Archipiélago de Fernando Poo, por la bahía de Corisco, por el territorio de Camerones, sin pensar si atropellaba derechos de nuestros hermanos los portugueses ó derechos de nuestra propia pátria. Ningun recelo se observó en el gobierno español, cuando una correría científica de Stanley se trocaba en una especie de conquista intercontinental, dirigida por una sociedad económica y científica, cuyo gerente se llamaba el rey de Bélgica, pero cuyo mayor interesado era el Imperio de Alemania. Y para que nada faltase á esta obra de imprevisión, asistió el gobierno español á la Conferencia de Berlin. Fuimos donde no hubieran ido los pavos de la fábula; fuimos á casa del cocinero, para saber, tras grave consulta, en que salsa deseábamos ser comidos. E hicimos algo más que los pavos célebres, firmamos la receta de nuestro propio guiso. *(Ruidosos aplausos).*

¡Qué ocasion se le presentó al partido conservador para desconcertar los ambiciosos proyectos coloniales del canciller! La primera entre las potencias de segundo órden, la segunda quizás entre las potencias coloniales del mundo, España, debió resistirse á la celebración del Congreso, y debió oponerse á que se alterara en lo más mínimo el *statu quo* colonial en nuestro planeta. Tiene mucha fuerza quien defiende lo existente, y á nadie le tocaba este ministerio como al partido conservador, ufanado, sin motivo alguno como veis, pero ufanado al fin, de representar la estabilidad en el mundo. ¡Un Congreso de potencias coloniales en Berlin! ¿Habráse visto mayor desvarío en la omnipotencia y mayor aturdimiento en la debilidad? ¡Un Congreso para tratar de colonias en Berlin! Lo hubiera

comprendido en Lóndres, en el Haya, en Paris, en Washington, en Madrid, en Lisboa, hasta en San Petersburgo; pero en Berlin jamás, á no ser por la insolencia de Alemania y por el enflaquecimiento de Europa. ¡Oh! Permitidme una comparación alegórica, siquier no propenda yo mucho en mis discursos á largas alegorías. Si los cultivadores de aquellos productos, llamados en lengua universal ágrios; de las naranjas, de los limones, de las mandarinas, de las granadas, cosechas deliciosas, que debemos á la felicidad de nuestra latitud y á la llama de nuestra luz, recibieran en Portugal, Andalucía, Murcia, Valencia, ó Mallorca invitaciones de los pomeranos agrícolas, compatriotas del canciller, que solo cultivan, por la infelicidad manifiesta de su latitud y por la palidez mortecina de su luz, algunas misérrimas gramíneas, invitandoles á tratar de naranjales, de azahar, de ingertos para producir las áureas manzanas, como los antíguos las llamaban, cuya es la coloracion encantadora, el zumo sabrosísimo, el aroma embriagador, provinientes así de flores albas y olorosas, símbolos universales de la pureza y de la virginidad, como de árboles parecidos á ramilletes que ofrecen mieles contínuas á las abejas y contínuos iris á las mariposas; si recibieran, portugueses, andaluces, valencianos ó mallorquines, una invitación tan extraña del terron árido y del cielo nebuloso, tomándola de seguro á broma, darían la callada por única congruente respuesta. *(Aplausos)*. Pues menos colonias que naranjas tiene aún Alemania; porque las naranjas pueden todavía, en estufas imperiales de Postdam con el dinero traído de Francia, cultivarse para que algun aroma del risueño Mediodía embalsame las eternas noches boreales; mientras no hay estufa bastante grande, ni siquiera el tratado de Berlin, para cultivar las colonias. Se llaman escuelas históricas las escuelas conservadoras; y han consentido en que la gente del Norte borrara con aleve mano los timbres coloniales más nobles y más hermosos que hay en el mundo, los timbres áureos de Portugal, sin cuyas revelaciones el

extremo Oriente no se hubiera conocido en la fiesta pagana del Renacimiento; y el África boreal y austral no se hubiera jamás abierto á la cultura europea y á la cristiana civilización.

Tienen que ver los descendientes de Alarico, de Genserico, de Ataulfo, dando lecciones de colonización, materia en la cual no adquirieron por experiencia ni un solo conocimiento, ni prestaron un solo servicio á los compatriotas de Gama, de Alburquerque, de Magallanes, de Colon, á los descubridores y civilizadores de todo el Nuevo Mundo, desde el Mississipí hasta la Patagonia. Y sobre todo, es el abuso mayor que ha cometido la fuerza ese fatal empeño de dar teóricas reglas sobre la interior gobernación de las colonias, ministerio que cumple á la jurisdicción y á la soberanía de los Estados independientes, dueños de tales territorios. Nunca se debió firmar la cláusula referente á la ocupación; porque bastaba un rudimentario instinto de defensa para presentir y entrever tras esa cláusula el proyecto de considerar como tierra perteneciente á todos la no habitada por sus dueños; cláusula dirigida principalmente contra las dos naciones á quienes se quería por todos los medios imaginables anular, contra Portugal y España. En último resultado, si la presión aparecía tan grande que no estaba en poder humano el contrastarla, hicieran cuanto quisieran los atropelladores del derecho internacional, y de la soberanía pública, pero con la protesta, y no con la complicidad de los atropellados. *(Aplausos y aclamaciones).*

Esta cláusula terrible, que pretende confundir el despojo de los terrenos inocupados con la dejación, encierra un mundo entero de violencias y de conquistas. No hay tanta distancia del derecho público al derecho privado, que la propiedad nacional diste mucho de la propiedad civil; y en los Códigos civiles no se autoriza el acaparamiento de la extraña y agena casa perteneciente á cualquier vecino, porque no la cuida y habita su dueño. Si todos los despoblados del mundo pertenecen al imperio germánico,

á causa de su despoblación, puede alzarse cuando quiera con los desiertos de África y de Asia, con las pampas de América y de Oceanía; pertenecéranle por tal concepto porciones importantísimas de los primeros pueblos, de los más cultos y mayores, las montañas rocosas de los Estados-Unidos, las selvas del Canadá en que no ha podido la civilización británica someter á los salvajes, las desoladas estepas de Rusia con horizontes de suyo tan latos como los del Océano, los territorios pertenecientes á las naciones americanas, donde cabrían cien pueblos más numerosos aún que la nación germánica. Y si las potencias europeas tuvieran derecho á quedarse con los territorios desiertos, ¿por qué no habían de tenerlo con los territorios mal administrados? Y habría necesidad acaso de reclamar el dominio sobre algunos círculos feudales, donde aun dominan los antiguos señoríos, la servidumbre territorial, las pasiones supersticiosas en movimientos antisemíticos, las expulsiones de las muchedumbres como aquellas de judíos y de moriscos en los más nefastos y terribles tiempos. *(Asentimiento)*. Las Carolinas son nuestras; *(Aplausos)* y no hay tratado de Berlin que pueda jamás arrebatárnoslas, sin perpetrar *ipso facto* un piratesco despojo. *(Aplausos)*.

Si la naturaleza del Archipiélago y lo numeroso de sus islotes no permiten cuidados tan asíduos como los prestables á otras colonias, eso no quiere decir que hayamos perdido ahora sobre su territorio los títulos de antígua y continuada posesión. Un Saavedra, ó un Roche, ó un Villalobos, viéronlas por vez primera, en principios del siglo XVI, merced á los increibles viajes y á los maravillosos descubrimientos, con que los íberos enriquecíamos la tierra en aquella edad épica y creadora. Despues á fines del siglo XVII, un piloto español, Francisco Lezcano, las designó con el nombre de Carolinas, en honor de Cárlos II, cual poco antes se había dado el nombre de su madre doña Mariana de Austria, última mujer de Felipe IV, viuda y regente, al grupo de las islas Marianas. Las órde-

nes religiosas de Manila evangelizáronlas y enviaron á ellas expediciones sucesivas que no dejan lugar á duda respecto de nuestra propiedad.

Y, sin embargo, en Agosto la viola un cañonero de la escuadra germánica, cual en Setiembre la niega un rescripto del canciller imperial, invocando testimonios y antecedentes de 1875. La niega; y los Atlas, publicados en su imperio aquel mismo año, testimonios fehacientes y registros usuales de las colonias todas, contradicen tal aserto. Si mis remembranzas no me traicionan y mis recuerdos no me faltan, dos colecciones de Mapas terrestres, muy autorizadas en el mundo, ha publicado Alemania, que tanto se ufana de saber geografía como de saber todas las demás ciencias.

Uno de estos Atlas se concluyó en 1875 y se concluyó el otro en 1883. Autor del uno es el consumado Klepert; y autor ó editor del otro es Perthes de Gotha. Pues bien, ambos designan las Carolinas por tierras españolas, gozando oficial autoridad como entero crédito en Alemania y en todas partes. No hay razon alguna bastante á cohonestar el atentado cometido por los alemanes en el español territorio. Será, bien un Saavedra hispano, bien un Roche portugués, el primero de los descubridores; tomaríamos posesion de un grupo, al comenzar el siglo XVI, y de otro grupo, al concluir el siglo XVII; pero constan las Carolinas en tratados convenidos entre los reyes de Portugal y España, cuyos tratados constituyen autoridad internacional; constan en varias expediciones geográficas del pasado y del corriente siglo, por cuyo medio la prescripción se produce y la propiedad se arraiga; constan en las misiones de nuestros frailes, que han abonado aquellos territorios con sus huesos y que los han unido á España por el indisoluble lazo moral de su martirio; constan en nuestras ordenanzas y decretos que han proveído en mil ocasiones á sus necesidades; constan en las solicitudes de los indígenas que han reclamado nuestra tutela; constan en todos los Atlas y en todas las geografías del mundo;

constan en los presupuestos oficiales de nuestro Estado y en los registros consuetudinarios de nuestros dominios; las necesitamos para nuestras futuras navegaciones por el canal de Panamá entre las Antillas y el Archipiélago filipino; y están grabadas en todo corazon español, pues hasta el del último labriego tendría que arrancar Bismark del pecho, para extinguir la protesta indeleble, trasmitida con una herencia de ódios á cien generaciones, en cuyos ódios guardaríamos gérmenes bien nocivos de futuros conflictos á la ciega y cruel Alemania. *(Ruidosos aplausos y prolongadas aclamaciones).*

No puede, no, darse un paso en la cuestión germánica, sin advertir que obedece á un plan, de antíguo preconcebido, y que la entrada en Yap, y demás islas nuestras, es un punto en esa terrible vía de premeditadísimos atentados. Todo se halla en ella, precedentes y consiguientes, con la unidad rigorosa de antígua tragedia clásica, pues hay en sus actos un solo actor; el protagonista inmenso, á quien podríamos llamar con motivo adusta imágen de la fatalidad y del hado. Una expansión colonial necesita este Imperio, que harto de gloria, está de pan ayuno; y expansión colonial tendrá, cumpliéndose con el rigor mismo con que se cumplen las leyes de la materia y de la fuerza universal en todas partes. Irá primero al África occidental, y protejerá en ella á cuantos aventureros ó descubridores le ofrezcan ocasión de realizar sus ensueños. Pero se hallará que así en la costa de Camerones como en la desembocadura del Congo, como en la bahía de Corisco, debe atropellar, para prevalecer, derechos tan tradicionales y tan respetables como los derechos portugueses. E inventa poco despues el Congreso de Berlin, que convertirá sus víctimas en sus cómplices. Mil dificultades le surgen al paso y mil tropiezos le detienen los piés; pero en el reloj de sus combinaciones ha señalado mecánicamente la hora de su espansión colonial; y sonará esta hora, como si la hubiera señalado el eterno tiempo. Vuélvese, persistiendo en su plan, desde las regiones del África occidental á las

regiones del África austral en busca de la deseada espansión.

Cada golpe que dá el nuevo Hércules para romper el itsmo de Panamá, cual rompiera el itsmo de Suez, resuena en su corazon y le mueve á trazar líneas en el negro continente y en los mares vecinos, aunque haya de cubrirse con nubes de pólvora y con rios de sangre. *(Sensacion)*. La Nueva Guinea resulta otro de sus ensueños; y la Nueva Guinea cuenta con propietarios directos, como el pobre Sultan de Zanzíbar; con propietarios indirectos, cual los colonos británicos de Australia. Manda primero en busca de títulos por aquellos arenales á sus sábios, que caen muertos bajo los ardores de un cielo implacable y en el horno de una tierra encendida. Mas el canciller tiene igual indiferencia que la Naturaleza; y le importan los cadáveres, lo que al Océano y al desierto. Los acaparadores teóricos van llegando antes que las escuadras prácticas, y poniendo jalones en su irruptora marcha. Los socialistas de la cátedra están poco duchos en achaques de respeto á la propiedad ajena. El Sultan de Zanzíbar se ve amenazado; y resiste, contando siempre con Inglaterra; pero Inglaterra se ha rendido últimamente al canciller de Alemania, y le ha entregado el pobre Sultan completamente vendido. Así los acorazados alemanes, puestos bajo la dirección del comodoro Paschen, aparecen por las costas del África-austral, é imponen las soluciones coloniales arbitradas en Varzin, donde se registra esta victoria como si fueran las victorias de Sadowa ó de Sedan.

Habíase ya puesto el soberano en estado de natural defensa y requerido sus armas, avanzando hasta el territorio de Ussagara; mas le abandonan todos los elementos al hombre del destino, y debe por fuerza retroceder y humillarse. Ignoro si esta humillación oscura le habrá complacido al canciller tanto como la entrega de la espada imperial, rota por sus huestes en Sedan; pero el acto de Zanzíbar contenía el atentado á las Carolinas, como el

cañonero de Dinamarca la guerra con Austria, y las reclamaciones respecto al Ducado de Luxemburgo la guerra con Francia. *(Asentimiento).*

Lo cierto es que un cañonero separado á las escuadras apostadas en Australia, ó vencedoras en Nueva Guinea, un cañonero tan hazañoso, ha ido á las Carolinas con el fin de continuar este vasto plan. Habíase comprometido el canciller á notificar todo conato de posesión; y no lo ha hecho, tratando con ménos consideraciones á los ministros de la vieja España que á los sultanillos de la Nueva Guinea. *(Sensacion).* Hé ahí, pues, el resultado y el corolario de toda la política colonial en este período tristísimo; la invasion y el detentamiento de las Carolinas. No es una genialidad personal; no es un caso fortuito; no es un hecho sin gravedad y sin trascendencia; es la triste aplicación de un plan preconcebido y elevado á regla internacional de derecho en la terrible nota leída el 4 de Setiembre á nuestro ministro de Estado, cuya nota desconoce todos los principios de la justicia humana y vulnera todos los fundamentos del derecho internacional. *(Bien, bien).*

Y aun hay quien habla de arbitraje. Concíbese tal proceder en los conflictos determinados por algun asomo de derecho; no se concibe de ninguna manera en los conflictos determinados tan sólo por un acto de fuerza. Si nosotros admitimos árbitros en este atentado, consagramos el principio de que la violencia puede generar una legalidad internacional, regulada verdaderamente por códigos consuetudinarios y sujeta de suyo á la jurisdicción de magistraturas internacionales. En estado de paz ¿qué digo paz? en estado de fraternal amistad, el amigo, porque se cree poderoso él y me cree á mí débil, entra en casa y se apodera de nuestros bienes propios. ¿Cómo producirá por tal medio una presunción de derecho á su pro tan grande, que la causa criminal y la pena inmediata pedidas por este atentado, se convierta, no sabemos por qué razon, en ordinario litigio sobre lo tuyo y lo mio? Entónces mañana desciende cualquier piloto en cualquie-

ra de nuestras playas desiertas, por el Cantábrico y el Mediterráneo, donde hay muchas sin poblacion alguna, planta su bandera so pretexto de que se hallan abandonadas, y desde tal punto hay necesidad absoluta de que nosotros mismos desdoremos nuestros derechos, sometiéndolos á una tercera potencia ó entidad, á ese derecho tan agena como el mismo agresor. Se quiere que, por haber entrado agresivamente un poder extranjero en nuestro territorio, entren dos, y reconozcamos que puede asaltar el uno con razon y el otro disponer á su arbitrio de lo nuestro con derecho. Preferible perder todas nuestras tierras sucesivamente á introducir en los consuetudinarios códigos internacionales semejantes principios de derecho, especie de comunismo intercontinental, ideado so pretexto de que todo pertenece á todos, el derecho absoluto de la fuerza. Los arbitrajes no se pueden aplicar á las invasiones como no se pueden aplicar los pleitos á los crímenes. Aquí no hay más posible salida que la restitución y la excusa. No convirtamos nosotros mismos el proceso en litigio. Prefiramos caer aplastados por una mole sin átomo de conciencia, ni de alma, ni de razón, á reconocer que puede asistir á esa mole derecho alguno para cojernos bajo su inmensa fuerza y aplastarnos. Los poderes europeos están ciegos, si exijen al despojado que tome parte principal y activa en la sanción de su despojo. No, no, mil veces no. Piérdanse las Carolinas, pero porque nos las han arrebatado, no porque hayamos con nuestro consentimiento convenido en el despojo. *(Aplausos).*

Aplícanse los arbitrajes á cuestiones de otra monta. El gobierno inglés pierde, por su rivalidad con América, el sentido moral hasta proteger las expediciones de los barcos esclavistas y debe dar una indemnización. Pues se arbitra un arbitraje para señalarla. Tienen conflictos las Repúblicas americanas por sus límites respectivos, difíciles de señalar á causa de su grandísima extensión y de su comun historia; pues se nombran árbitros que los señalen, y eviten, por tanto, una inútil guerra. Pero some-

ter á un arbitraje la invasión de unos pueblos en otros, es abdicar toda independencia y desconocer todo derecho. El único pretexto aducido por Alemania para cohonestar su atentado, es la necesidad en que se halla de proteger á sus súbditos, poco amparados por la Administracion española. Convirtiendo el pretexto fútil en justo motivo, aún le quedaban muchas vías de reparaciones antes que la invasión. Quedábale, pues para eso tiene sus representantes en Madrid, el camino de la reclamación, todos los medios diplomáticos usados entre los pueblos cultos y los gobiernos independientes. Pero si el descuido, más ó menos manifiesto, de las administraciones; y el interés, más ó menos legítimo, de los extranjeros, autorizan el acaparamiento de los territorios extraños, bien puede asegurarse que nos hallamos en período franco de barbarie, sin más ley que la fuerza. Yo no digo, ni diré jamás, que no quede otro recurso, en vista de las agresiones alemanas insolentemente mantenidas, sino el supremo de la fuerza. Sin pertenecer yo á los utopistas enemigos de toda guerra, prefiero siempre los medios de paz, y creo que le bastan al hombre los esfuerzos creadores del trabajo para conservar la fuerza indispensable y huir de las sensuales molicies.

En los primeros momentos, cuando la fiebre se había por completo apoderado de la nación, proclamaba yo la necesidad inevitable de los procedimientos pacíficos. Los hay, señores, los hay en cantidad y en eficacia tales, que pueden dañar á nuestro enemigo tanto como una guerra, y acaso más. En primer lugar, cuando los procederes de unos Estados con otros se parecen á los seguidos por Alemania con España, córtanse todas las relaciones diplomáticas y todo trato internacional. En segundo lugar, así que los tratados de comercio espiran, y llega el plazo de una renovacion cualquiera, se oponen todos los obstáculos posibles á los lucros mercantiles del enemigo. En tercer lugar, como quiera que los abusos de la fuerza engendran muchos agraviados, búscase con ellos la nece-

saria relación para ocurrir en estrecha solidaridad á venideras contingencias. Y en último lugar se hace lo que hizo el gran Stein, ilustre ministro prusiano, despues de Jena; se admite la fatalidad como tuvo Prusia que admitirla, borrada casi del mapa y constreñida dentro de los estrechos límites que le habían dejado, á tener tan sólo un diminuto ejército; y se va educando y disciplinando este ejército en la previsión de que algun dia levantará Dios su mano y no afligirá más al afligido. Y entonces, cuando llega la sazón oportuna, y el poderoso encuentra un enemigo temible, se suma con tal enemigo el agraviado por débil, y se venga y se desquita de todos sus agravios en el Waterloo reservado á todas las soberbias. *(Ruidosos y prolongados aplausos).*

Yo sé muy bien que la guerra de nosotros solos con Alemania sería una temeridad, rayana en suicidio. Pero no somos los únicos agraviados; y los vencedores de Mulberga, créalo el canciller, no han perdido ni su natural valor, ni su histórica constancia. Están acostumbrados á guerras de siete años por su libertad; á guerras de ocho años por su independencia. Contra los manejos de poderosos enemigos y bajo la fiebre agudísima de una revolución capital, gastaron millares de millones y sacrificaron millares de vidas en Cuba por conservar la integridad de su territorio. Cederemos quizás como nadie á los procedimientos de la noble amistad, pero como nadie recogeremos los retos de la ciega fuerza. El mundo sabe que no hemos sido en esta ocasión los agresores. Cuanto sea justo, respecto de los ciudadanos alemanes, sitos en nuestros territorios, lo haremos con mayor eficacia, y sobre todo, con mayor autoridad que Alemania misma. Yo reconozco que nuestro Estado debe protección á los súbditos extranjeros y facilidad á su comercio; pero reconozco tambien que debemos hacer esto por impulsos íntimos y no por ajenas imposiciones. ¡Reclamarnos libertad de comercio el que acaba de rechazar el Zolverein propuesto por Austria y por Hungría! ¡Pedirnos protección para sus

vasallos á nosotros, cuando él expulsa bárbaramente, como los antíguos Faraones egipcios, á familias y pueblos enteros, quienes repiten por las brumosas estepas los éxodos terribles que manchan la historia y asombran y oscurecen á la tierra! *(Ruidosos aplausos).*

Jamás la insolencia del poderoso ha llegado tan léjos; y por lo mismo jamás debe hablar más alto el verbo divino de la humana conciencia. Si agentes diplomáticos, encargados de ocultar la verdad, no se lo dicen al canciller, yo se lo digo: sea cualquiera el gobierno que haya en la nación, republicano, monárquico, demócrata, constitucional, absoluto, si Alemania persevera en su atentado y quiere levantarlo á propiedad y posesión definitiva, nadie podrá impedir, pues la nación se impone con fuerza en todo lo nacional á sus gobiernos, que trescientos mil españoles vayan á reforzar los ejércitos, cuyos esbozos surgen lo mismo en el Oriente que en el Occidente de sus fronteras, contra las grandezas y las insolencias de Prusia. Repare, pues, el agravio; rectifique, pues, el atentado; reconozca su error, y no se arriesgue á tan triste como segura contingencia. Nosotros podremos por falta de fuerzas padecer bajo una triste y abrumadora fatalidad, pero conformarnos con ella jamás, porque á las vehemencias del Mediodía reunimos las tenacidades del Norte. *(Grandes aclamaciones).*

Señores: podíamos ceder aún de nuestras pretensiones patrióticas en pro de la humanidad. No está la civilización cristiana en el mundo tan segura de sí misma, que podamos dificultar el ministerio de aquellos destinados á sustentarla y extenderla sobre la faz de nuestro planeta. La cultura humana está completamente anegada en olas de barbarie; y no hay para que contrastar á las naciones encargadas por su grandeza moral y material de impedir las grandes irrupciones, todavía posibles; de mantener la libre comunicación por los Estrechos, siempre necesaria; de guardar la policía intercontinental en las cinco partes del mundo. Cuando uno se recuerda hoy de que los bár-

baros mongoles rompieron el Imperio griego en el siglo xv, aterraron á Italia en la florescencia del Renacimiento, y sin el esfuerzo de los españoles en Viena y en Lepanto, hubieran poseído al mismo tiempo el mar de nuestra civilización y el centro de nuestra Europa, no se cansa de admirar á los pueblos que mantienen libres las comunicaciones planetarias y dejan por una sábia colonización encendidas las estrellas alimentadas por el espíritu moderno entre los negrores de la barbarie. Pero adulan á Germania y á su poder los que la cuentan entre tales naciones. Alemania, mientras se halle organizada imperial y militarmente, no tendrá colonias, como por su parte no las tuvieron, en los tiempos remotos, aquellos inmóviles imperios babilónicos, semejantes al alemán, los cuales ostentaban el despotismo en las alturas y en las bases la casta incompatible con la extensión colonial, que pide iniciativas individuales múltiples y un gran sentimiento de igualdad en los cooperadores á tanta obra. Son pueblos coloniales en el mundo los fenicios, es decir, los más libres entre todos los asiáticos; los helenos, es decir, los republicanos por excelencia de las antíguas edades; el Estado cartaginés, República del África; la Roma municipal y republicana; las ciudades libres de la Italia moderna, sus artísticas y sábias democracias; los héroes educados á fines del siglo xv y á principios del siglo xvi en las grandes agitaciones de los municipios españoles y lusitanos; aquellos héroes coetáneos de los concelleres en Barcelona, de los hermandiños en Galicia, de los comuneros en Castilla, de los germanos en Valencia y Mallorca, de los Lanuzas en Aragon, de tantos hombres libres como pulularon desde los tiempos en que acabó el feudalismo para nuestro bien, hasta los tiempos en que para nuestro mal se fundó, bajo aquella noche fria que se llamaba el alma de Felipe II, la torva y siniestra monarquía absoluta.

Alejandro en Ásia, César en las Galias, Cárlos V en África y América, Napoleón en Egipto, que tanto des-

lumbran ahora en Varzin á Bismark, realizaron sus hazañas, aquellos dos con los últimos hombres de las democracias helénica y romana, estos dos con los ciudadanos de los municipios españoles y con los ejércitos de la República francesa. Los sucesores de Alejandro, los sucesores de Cárlos V y los sucesores de Napoleón sólo han recogido la decadencia y la ignominia. Para todo se necesita la libertad, y más que para todo para el régimen colonial. Hasta en los tiempos modernos, las cuatro grandes obras coloniales, esas cuatro maravillas, la obra colonial de Holanda en los Archipiélagos asiáticos, la obra colonial de América en Australia, la obra colonial de Francia en el Oriente extremo y en África, la obra colonial de Inglaterra en todo el planeta, débense á cuatro pueblos esencialmente libres: que los esfuerzos del trabajo, esfuerzos creadores, necesitan de la libertad, sin la cual no hay humanas creaciones. Ese inmenso imperio fundado en la conquista, defendido por sus ceñudas é inertes fortalezas, poblado de cuarteles en vez de fábricas, por siervos y por soldados compuesto en vez de trabajadores y ciudadanos, donde antes relumbraban las ideas y ahora sólo relumbran las bayonetas, abrumará tarde ó temprano con su ciclópea pesadumbre la conciencia y la tierra germánicas, incapaces de conjurar leyes providenciales y divinas, que sólo permiten la grandeza moral, única durable, á la santa y creadora libertad. *(Frenéticos aplausos).*

Pero, aparte de faltarle condiciones políticas y sociales á Germania para la colonización, le faltan condiciones geográficas. Los pueblos colonizadores han de pertenecer por necesidad á naciones marítimas; y las naciones marítimas, para merecer este nombre, han de contar muchas costas, como Fenicia, como Grecia, como Italia, como España, como Portugal, como Inglaterra y Holanda. No tiene costas Alemania; las tiene muy escasas. Por ende, no poseerá nunca los factores indispensables á una colonización, los marinos educados en el comercio contínuo

con los vientos y con las olas. Injuriosamente nos daban los alemanes en rostro estos dias con que una potencia naval de primer órden, aprovechándose de las desgracias traídas por el despotismo austriaco, quiero decir, alemán, á nuestro pueblo, cogiera y detentara ese corto, aunque amado fragmento de tierra pátria que se llama Gibraltar; sin acordarse ¡oh desvarío de los poco acostumbrados al poder y al triunfo! que tienen ellos una parte de sus riberas bálticas en poder de Rusia, la cual, en estos mismos días, les ha dicho directamente que jamás podrán recuperarlas. El alemán está sitiado, al Oriente por dinamarqueses y escandinavos, al Occidente por bátavos, unos y otros, más que sus rivales, sus implacables enemigos. Para que limitaciones varias los encierren por todas partes, posee Inglaterra una isla genuinamente alemana en los mares del Norte. Así, apenas tienen aire que respirar, allí donde únicamente respiran bien los pueblos coloniales, en el mar. Y no le queda ni asomo de verdadero engrandecimiento; porque ni Dinamarca, ni Suecia, ni Noruega se dejarían jamás absorber por el Imperio; ni los bátavos se adherirían jamás á él, prefiriendo cortar sus diques y desaparecer en los mares, á consentir una dominación extranjera. Y no se forje Alemania ilusiones respecto de Trieste. La gran ciudad greco-itala, donde si algun elemento predomina es el elemento dálmata, semieslavo, y de ningun modo el germánico, está bien hallada con el Austria, porque le deja el Austria, en su natural federalismo, cierto carácter de población independiente y anseática; pero sometida por fuerza ó traspasada por lucro al poder alemán, cual sucedió en otro tiempo con Venecia, forcejearía como Venecia forcejeó, hasta incorporarse definitivamente á su hermosa y grande pátria, la Italia. El pueblo alemán ha tomado en la historia siempre los caractéres de los pueblos invasores; y nunca el carácter de pueblo colonizador. Cuando el hambre pisa sus talones y le constriñe á dejar un suelo húmedo y árido, traspasa sus dos grandes rios, el Danubio y el Rhin, ó la

cordillera de los Alpes, como cimbrios, teutones, godos, vándalos, alanos y demás gente suya, para depredar los pueblos vecinos, asolarlos con la matanza, consumirlos en el incendio y asentarse luego sobre sus humeantes ruinas. *(Ruidosos y prolongados aplausos).*

Los pueblos de la Germania continental no se han asemejado nunca, jamás á las dos razas por excelencia navegantes y colonizadoras del Norte; no se han asemejado jamás á las dos familias ilustres que se llaman pueblos sajones y pueblos escandinavos. Los conquistadores germanos, desde Alarico hasta Barbarroja, y desde Barbarroja hasta Guillermo, siempre fueron, siempre, conquistadores. No recuerdo más expedición marítima imputable á la tradicional Alemania que la expedición del vándalo Genserico. Los venetos y los bizantinos, guarecidos en el Mediterráneo, los unos tras sus lagunas, los otros entre sus Archipiélagos y sus Bósforos, preserváronse por completo de la irrupción germánica. Yo pregunto qué isla del planeta se ha descubierto por esa raza continental. Yo pregunto qué gran marino registran los alemanes en sus historias tan resplandecientes por las constelaciones brillantísimas de otros nombres gloriosos. Las Cruzadas, espansión externa por ellos celebradísima, pertenécenles en bien poca parte; porque no se hubieran jamás realizado sin los contingentes de Francia y de Inglaterra; sin las naves de Provenza y de Pisa, de Génova y Venecia; sin aquel gran belga que se llamaba Godofredo de Bouillon y sin aquel inmortal siciliano que se llamaba Federico II; sin aquel Imperio heleno de Constantinopla; sin aquellos jefes de la Cristiandad establecidos en la Roma pontificia; y sin aquellos predicadores cosmopolitas, Pedro el Hermitaño y San Bernardo. Para obtener Alemania un Imperio colonial tiene que contrariar á la Naturaleza y que desmentir á la historia. Pero el canciller se ha empeñado en obtenerlo y codicia el nuestro. Por eso está ya determinada la política española de lo porvenir, política de cuerda y prudente desconfianza respecto del Imperio

germánico, y de cordial y estrecha inteligencia con todos los pueblos latinos. Así lo han dispuesto la lógica de los hechos y los decretos de la Providencia. *(Unánime asentimiento).*

Yo he creído siempre que, así como los pueblos latinos tienen una madre comun de sus lenguas, y una base de sus derechos civiles, y una fundamental religión en sus creencias espirituales, y un estado social análogo en sus democracias y en sus parlamentos; así como tienen tantos puntos de contacto franceses, italianos, españoles, portugueses, rumanos entre sí, como pueden tener vascos del Norte y helenos del Mediodía en España; celtas del mar bretón y provenzales de Tolosa en Francia; lombardos del alta Italia y jonios de la Italia helénica; tienen tambien intereses comunes en el mundo, y son todos á una blanco de iguales ódios y víctimas de iguales injusticias, como copartícipes de la misma vida y juntos y confundidos en los mismos intereses. Por eso yo sostengo que, así en África como en Ásia, y así en Europa como en América, la unión neo-latina se impone á todos los pueblos meridionales, no sólo por pedirla sus propios intereses; por pedirla tambien los intereses humanos. Esta política, necesaria como natural obra de trabajadoras y honradísimas democracias, resultará una obra de progreso medido y de paz universal. Cuanto más vivimos en el mundo más alcanzamos las ventajas de un régimen constitucional ó parlamentario y más el interés de ligar por grandes afinidades mútuas á los pueblos que gozan de iguales instituciones progresivas. Un Parlamento no hubiera hecho jamás lo que últimamente un canciller: expedir por esos mundos escuadras á implantar pabellones extraños donde quiera que les parezca, sin curarse de los agenos derechos. Por nuestra parte, nunca lamentaremos bastante la triste abrogación de artículos constitucionales como el que dispensa los necesarios permisos de las Córtes para las expediciones á tierras extrañas de los reyes, y que una parte de nuestra superior dirección militar esté hoy en

abierta pugna con los artículos constitucionales; defectos graves, á cuyo remedio proveeremos en la legislatura cercana por medio de nuestra iniciativa parlamentaria. Cada vez aparece más claro cómo nuestra democracia, que contribuye al Estado con su sangre y sus tributos, debe tener la facultad de intervenir en el Estado y organizarlo, para que sirva de áncora segura y no de grillo férreo á sus imprescriptibles derechos. Y otra no menos provechosa experiencia resulta: el ver cómo las democracias continentales deben todas entenderse para que cesen dos cosas: el régimen cesarista, que lleva en sus entrañas la guerra contra todos, y el armamento excesivo, que lleva en sus entrañas la ruina de todos. Precisa una política internacional democrática, y por lo mismo una política nacional democrática. Tengo la profunda convicción de que la desastrosa política dominante no puede continuar, y no continuará. Pugnemos por asegurar los derechos individuales al ciudadano y la soberanía nacional inmanente al pueblo, en la seguridad completa de que, conjurada la política reaccionaria dentro y fuera por nuestros esfuerzos, así como establecida una democracia cada vez más segura por el concierto entre los pueblos libres y por la Santa Alianza del Progreso, habremos prestado un doble servicio inapreciable á la libertad humana y á la paz universal.—He dicho. *(Ruidosos aplausos. Prolongadas aclamaciones. El auditorio entero, de pié, saluda con vivas frenéticos á la pátria y á su orador).*